

LA LITERATURA COMO ESNOBISMO

Por RICARDO RIVERA AYBAR*

En otros trabajos nos hemos referido al inusitado interés que muestra hoy día una elevada proporción de escritores por el género novelístico, y hemos señalado que, en ese nuevo afán, había mucho de esnobismo. En una época marcada por la declinación de otras categorías, se explica que la tendencia general sea entonces la de predisponerse a la realización de mayores proezas.

Decíamos también que hablar de escritor es hablar de soñador, y que cuando la ensoñación prende en el espíritu miramos muy lejos y muy alto y no nos faltan arrestos para conquistar el mundo. El mundo de la novela pretende ser conquistado de más en más por un crecido número de escritores (y no escritores) que han visto en el cultivo del género una forma de adquirir realce aunque sea a costa

de obras insustanciales y endebles, carentes de todas las connotaciones simbólicas, de todas las configuraciones semánticas y de todo el impacto de una mixtura narrativa densa y vigorosa, elementos todos ellos que otorgan al texto novelesco un claro y permanente rango de universalidad.

Puede parecer una detestable impertinencia que un simple fabulador, como es el caso nuestro, se encuadre en un marco analítico y se arroge una crítica científica y objetiva. Ese no es el papel de un escritor. Pero ocurre que para saber sencillamente si una novela cumple con determinadas exigencias, si plasma a cabalidad una verdadera obra de arte, no se precisa de una estricta formación académica. Basta, eso creemos, con haber leído obras de incuestionable valor y haber alcanzado un sólido y maduro discernimiento para aquilatar en toda su magnitud alguna creación literaria que o las iguale o bien las ignore en lo que concierne a las peculiaridades propias del género. Novelas insulsas e intrascendentes se producen a raudales casi en todo el mundo, porque producir una novela

de vasto alcance, una novela perdurable requiere, además de una gran madurez intelectual y artística, un pleno convencimiento de la propia vocación y sobre todo haber tenido una considerable experiencia en el quehacer narrativo, que no es sino el fruto de una incesante capacidad de trabajo. No se puede incursionar alegremente en este oficio por mera figuración o por darse ínfulas de intelectual. Si así se hiciera, se estaría dilapidando un tiempo, un esfuerzo y un dinero dignos de una mejor causa. “Zapatero a tus zapatos” reza el viejo proverbio, y esto les viene de molde a esos autores superficiales y mediocres desde el punto de vista técnico, los cuales, habiendo cosechado merecidos éxitos en otros menesteres, tratándose de una osada incursión en las letras caen tarde o temprano en el olvido, no importa el encumbramiento de que se hagan acreedores por parte de críticos complacientes y desaprensivos.

Podrá argüirse que la apreciación de una obra de arte pertenece al dominio de lo subjetivo y que lo que es mediocre para algunos puede parecer soberbio para otros. En un

sentido esto no deja de ser cierto, pero de sobra sabemos que la buena calidad de una creación literaria se mide sobre todo por su trascendencia y perpetuación. Lo que a un determinado público podría parecer loable en el presente, acaso no resista un riguroso análisis por parte de una posteridad más seria, imparcial y desapasionada. Así, probablemente –y tal vez esto sea una ingenuidad o un exceso de optimismo– muchos de los mejores escritores del futuro serán los que ahora no se conocen o los que ladinamente se ignoran.

¿Cuántas novelas de las tantas que salen a circular remontan hacia el futuro? Seguramente muy pocas. Al correr de los años serán mudos y estáticos ocupantes de librerías y bibliotecas, a no ser que algún curioso se ocupe de hurgar en antigüedades y las redima de su ostracismo.

A todo esto hay que agregar que estamos hablando de una praxis nada remunerativa y muy poco gratificante en el orden espiritual e intelectual. Que no cala hondo en una socie-

dad tan reacia a la lectura como es la nuestra, donde resulta mucho más prestigioso e infinitamente más lucrativo ser pelotero, ωmediante, cantante, animador o integrante de algún combo (con todo lo decoroso que puedan tener estas ocupaciones). Que dedicarse a una actividad tan devaluada como la literatura y, lo que es peor, despacharse de súbito con una patraña que, a más de suponerle un esfuerzo inconmensurable a un público apático, ni siquiera reúne las condiciones para decir de ella que se trata cuando menos de una obra excusable. ¡Pardiez, seamos un poco más realistas!

*Obra del autor en e-libro.net:

El reino de Mandinga (novela social)